

San Pío X

SAN PIO X

Rafael M.^a López-Melús, carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla



El Papa sastre

No es hacer ninguna afirmación gratuita el decir que el Señor nos ha regalado los últimos años del siglo pasado y todo lo que llevamos de éste con Papas que todos han sido magníficos y, cada cual en su línea, insuperables.

Uno de estos Sumos Pontífices que han gobernado la Iglesia al principio de este siglo que estamos acercándonos a su fin ha sido el protagonista de esta historia maravillosa que tienes en tus manos: SAN PIO DECIMO.

Corría la voz entre todos de que era un santo y de que hacía milagros. El sonreía con ganas, pues su humildad le tenía muy lejos de creérselo.

Cierto día, en una audiencia, una buena mujer se le acerca y le dice:

—Santo Padre, bendiga a mi hijo para que sea bueno, porque si Vd. lo hace estoy segura de que lo será, pues Vd. es un SANTO.

El Papa sonrió a la vez que le dijo:

—Buena Señora, Vd. se ha equivocado en una consonante. Yo no me llamo «Santo», sino «Sarto», no soy más que un pobre Sastre. (En italiano sastre se dice sarto.)

En otra ocasión corrió la voz por Roma de que el Papa obraba milagros. ¿La causa? Una buena religiosa de la Comunidad donde lavaban la ropa del Santo Padre cada semana padecía de varices y con la esperanza de curarse se puso durante un rato los calcetines del Papa, y se curó inmediatamente. La noticia llegó hasta los oídos del Papa y éste comentó con cierta pícaro ironía:

—Tiene gracia la cosa. Yo me pongo cada día mis calcetines y no se me curan mis varices. Esta monjita se los viste un ratillo y queda curada de las tuyas.

Así era D. Beppi, el después San Pío X.



De tal tronco, tal astilla

Los hay que nacen con estrellas. Unos entre lujos y fiestas y otros en la pobreza, pero con la alegría del amor familiar y la honradez de la vida de los suyos.

A estos segundos pertenecía Beppi, José, que así se le impuso al hijo segundo de los diez que el cielo regaló al ejemplar matrimonio cristiano formado por Juan Bautista Sarto, que era un sencillo alguacil de Riese (Treviso, Italia) y de Margarita Sansón, ama de casa.

De estos diez hijos llegaron hasta mayoría de edad ocho. Todos ellos fueron educados cristianamente por aquellos buenos padres, aunque en una pobreza bastante profunda. Estas necesidades vinieron a aumentarse cuando muy tempranamente murió el padre. Mamá Margarita supo hacer de padre y de madre y educó a Beppi y a los demás hijos en el profundo amor a Dios, a la Virgen María y en la honradez a cartacabal.

Beppi desde niño empezó a llamar la atención por sus virtudes nada comunes. Inteligencia, bondad, amor a la Iglesia. Todo esto lo aprendió de sus padres que vivían la fe y la enseñaban cada noche a sus hijos leyendo la Palabra de Dios y las vidas de los Santos y, sobre todo, con el ejemplo de sus vidas.

La vida de este niño que ahora nadie puede presagiar lo que la Divina Providencia le depara se puede resumir ya desde ahora en lo que reza la lápida de su sepulcro ante el cual en la Basílica Vaticana tantas veces hemos celebrado la Sagrada Eucaristía además de que tuvo la inmensa alegría de tomar parte activa en el día de su canonización el 20 de mayo de 1954 por el Papa Pío XII:

Pío Papa X, pobre y rico, suave y humilde, de corazón fuerte, luchador por los derechos de la Iglesia, esforzado en el empeño de restaurar en Cristo todas las cosas.



«Discípulo irreproachable»

Todos se dieron pronto cuenta de que aquel niño gozaba con las cosas del Señor. Siendo todavía muy niño pidió a sus padres que le dejaran ser monaguillo de la parroquia.

D. Tito Fusarini, que así se llamaba el párroco de Riesse, vio en él una gran esperanza y no dudó de vestirle la sotanita... A los once años recibió la Primera Comunión, aunque estaba ya muy bien preparado para hacerlo a los siete... El, cuando sea Papa, abrirá los Sagrarios a los niños de más tierna edad...

El señor párroco, en una conversación entre amigos, llegó a decir de Beppi:

—Es el alma más noble de este país.

Varias veces le había rogado al párroco que quería ser sacerdote y que lo llevara al seminario... Pero... ¿cómo? ¿Dónde encontrar ayuda para pagar la beca? D. Tito se movió y pronto una generosa dama se comprometió a ello. En cuanto la noticia llegó a D. Tito, llamó a Beppi y le dijo:

—Beppi, arrodíllate y da gracias a Dios y a la Virgen María, pues seguramente el Señor tiene algún gran designio para ti, pues irás al seminario y tú también serás sacerdote como yo.

Beppi saltaba de alegría. Iba a ver realizados sus deseos.

En el seminario corrió por los libros y por la santidad pasos agigantados. Superó a todos y era el encanto de superiores y compañeros.

En el archivo del seminario de Padua, donde estudió, se dice de él:

—“Discípulo irreproachable. Inteligencia superior. Memoria excelente. Ofrece toda esperanza”.

No se equivocaron... La historia nos demostrará que todo esto no cayó en el surco y murió... Dará copioso fruto.



Así era él

De niño todos sus compañeros se disputaban su compañía... Todos querían jugar con él. Cuanto tenía lo entregaba a los demás amiguitos...

De adolescente era un encanto. En el Seminario pronto se ganó la confianza y el afecto de superiores y condiscípulos. Las virtudes que más descollaban en Beppi eran: la bondad; la paz que brotaba de toda su persona; la caridad, ya que estaba siempre dispuesto a atender a todos y en todo; el fiel cumplimiento de lo que estaba mandado, aunque le costase sudores el hacerlo; una piedad profunda y una tierna devoción a Jesús Eucaristía y a la Virgen María, y, a la vez, una delicadeza en el trato y una inteligencia que sobresalía sobre todos sus compañeros.

Se ordenó sacerdote el 18 de septiembre de 1858, el mismo año de las Apariciones de la Inmaculada a Santa Bernardita de Lourdes.

Era alto, delgado pero fuerte, elegante, de cutis blanco y delicados modales. Frente alta y cabellos abundantes, labios finos. Toda una figura. Pero sobre todo era su porte, su mirada llena de paz, sus modales tan delicados y caritativos, su mirada tan llena de pureza y que contagiaba paz y despedía ráfagas de bondad... Por ello alguien después le retratará tan lindamente diciendo de él:

—Todo corazón recto vuela hacia él.

Cuando ya será Cardenal no será amigo de vestir aquellas prendas llamativas cardenalicias... más que cuando debe entrevistarse con los niños que al verle pasar por la calle decían a sus mamás:

—Mamá, vamos a ver al Cardenal hermoso.



De nueve en nueve...

Ya dijimos más arriba que el párroco en Riese y los superiores en Padua pronosticaban algo grande para él.

No pensarían así los que le veían en su primer y segundo y tercer destino, ya que en cada uno de estos sencillos puestos pasó una gran temporada. Nueve años.

D. Beppi no perteneció a esos sacerdotes que han estudiado diplomacia o algo parecido y que ya al ordenarse sacerdotes ocupan cargos distinguidos en la Curia Romana.

El primer cargo al ordenarse sacerdote fue el de coadjunto en Tómbolo.

La Divina Providencia, en cuyas manos se puso desde niño, Beppi dirigía maravillosamente sus destinos. La historia nos recordará después que parece como si su vida estuviera cronometrada por la novena de años! Cuando los nueve años llegaban en un cargo, le venía un traslado. Siempre, por supuesto, era un ascenso. El mismo cardenal de Venecia, allá por el 1902, decía a sus amigos en animada charla:

—Estoy muy a gusto en Venecia, porque no hay otra ciudad más bella en el mundo que esta ciudad de los canales y la gente también es encantadora, pero si la Divina Providencia no cambia sus designios tradicionales, me veré pronto obligado a abandonar esta maravillosa isla... Sí, porque muy pronto se cumplirá mi fecha. Mirad: Nueve años estuve de coadjunto en Tómbolo. Nueve años de párroco en Salzano y otros nueve como Obispo. ¿Qué harán al terminar mis nueve años como Patriarca de Venecia? ¿Me harán Papa? Porque otra cosa no veo que me sobrevenga.

El bromeaba, pero allá arriba, en el cielo, las cosas las tomaban más en serio y lo que a él —en su gran humildad— le parecía imposible... fue una maravillosa realidad al año siguiente.

¡Cosas de Dios!



«No soy papable. Gracias a Dios»

Cargadito de años ha muerto el célebre Papa de la cuestión social y de tantas otras cosas, León XIII, y todos los cardenales deben acudir para elegir su sucesor.

Al cardenal Sarto le toca colocarse junto a un cardenal francés que lleva por nombre Lecot, arzobispo de Burdeos. Se saludan. Este le habla en francés. Sarto le contesta en latín:

—No hablo francés.

—De qué diócesis de Italia es Vd. cardenal? —le pregunta el cardenal galo.

—De Venecia.

—¿Y no habla francés? Por lo tanto no sois papable porque el Papa debe saber hablar el francés.

—Ciertamente, eminencia. No soy papable. Gracias a Dios.

Es conocido el dicho que corre en Roma:

—Quien entra al Cónclave papable, sale cardenal.

Pero también el contrario se ha dado con frecuencia:

—Quien no entra papable, sale elegido sucesor de San Pedro.

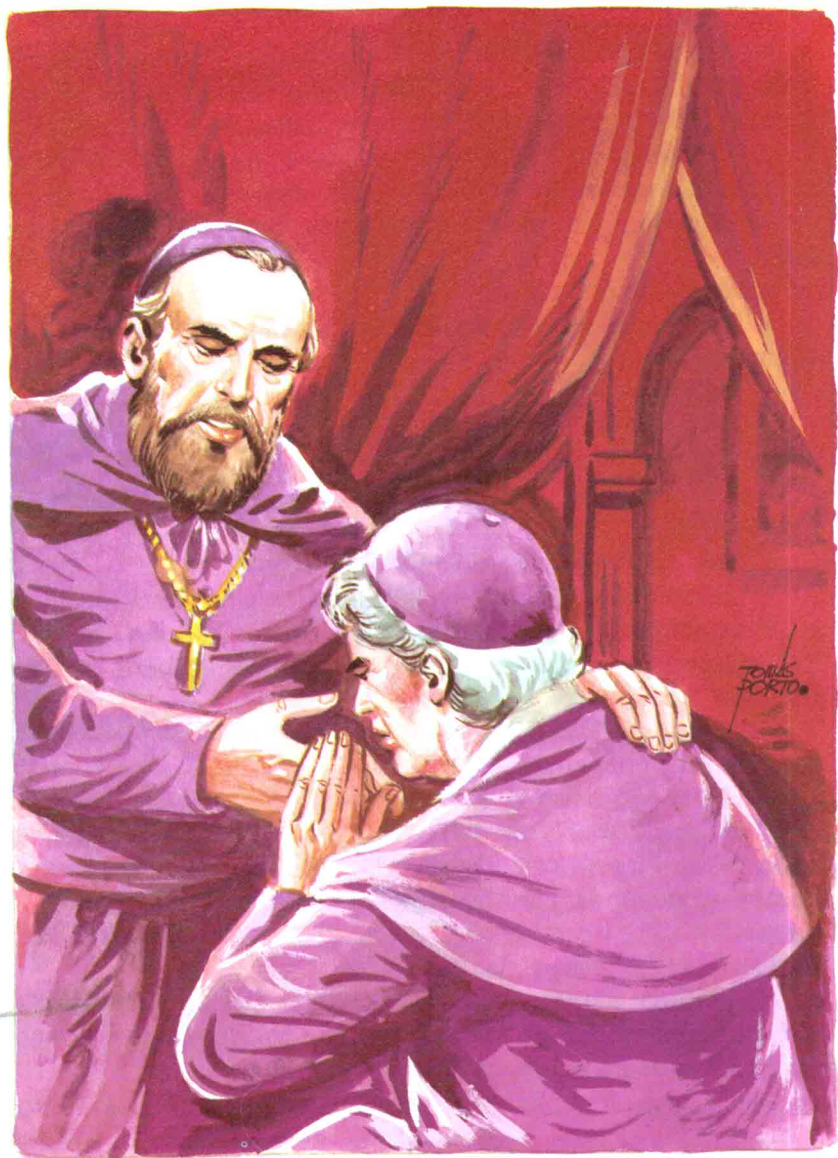
El flamante Cardenal de Venencia se había despedido de sus buenos venecianos, diciéndoles:

—Vivo o muerto volveré a Venecia.

Y así fue. No volvió ya vivo porque hubo de cargar con la nada fácil ni ligera cruz del Pontificado. Pero su promesa la cumpliría después, cuando ya haya sido elevado al honor de unos días entre los canales y los corazones de sus amados feligreses de la ciudad de las góndolas.

¡Qué bien vienen aquí las palabras del Profeta Isaías! «Mis juicios —dice el Señor— no son vuestros juicios; mis pensamientos no son vuestros pensamientos...»

los altares será llevado su cuerpo a Venecia y allí pasará unos días entre los canales y los corazones de sus amados feligreses de la ciudad de las góndolas.



«Lo acepto como una cruz»

Hasta el Papa Pío X eran conocidos los resultados de las elecciones pontificias. Este santo Papa dio normas muy severas para que siempre fuera reservado bajo sigilio este resultado. Por eso sabemos que él fue elegido Papa a la séptima votación y que a las primeras ya tuvo algún voto, pero que él lo tomaba como broma y a sus vecinos les decía:

—Estos venerados Padres me toman el pelo. Tienen ganas de broma.

Pero las cosas fueron cambiando y casi todos los votos fueron inclinándose hacia él hasta que se vio abrumado por este enorme peso del Pontificado.

Había en aquel tiempo un ilustre cardenal español que hacía de Secretario del Cónclave, el cardenal Rafael Marry del Val, que también era un alma muy de Dios.

Al salir elegido Papa el cardenal Sarto no se sentía con fuerzas y dudó muy seriamente si aceptaba o no esta pesada cruz. Y se fue a deliberar al sagrario ante el Señor. Allí le llegó el cardenal y lo encontró en un mar de lágrimas. Y le animó a que cargase con la cruz porque «era necesario que un hombre muriera por todo el pueblo»

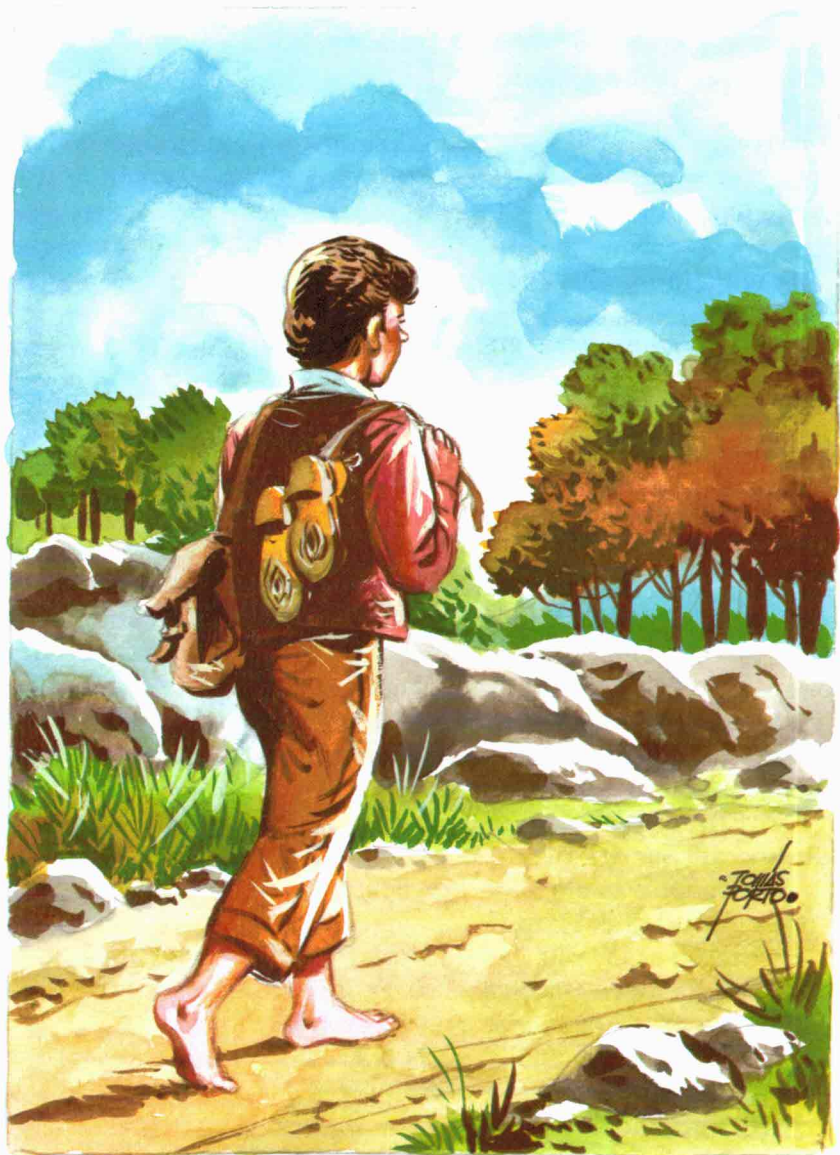
Por fin volvió al Aula de la Capilla Sixtina y el cardenal decano del Sacro Colegio le preguntó:

—¿Aceptas la elección que acaba de ser hecha de tu persona en calidad del Papa?

—Si ésta es la voluntad de Dios, la acepto como una cruz.

Poco después publicaba su Primera Encíclica y en ella señalaba ya las líneas maestras de su Pontificado: RESTAURAR TODAS LAS COSAS EN CRISTO... Y añadía:

—Puesto que plugo a Dios elevar nuestra bajeza hasta esta plenitud de poder.



«Nací pobre»

A los diez años ya nada tenía que aprender en las escuelas de su pueblo. Para ampliar estudios iba cada día a Castelfranco, distante 7 kilómetros de Riese. Al fin de la semana, 14 Kilómetros diarios sumaban muchos y desgastaron sus pobres sandalias. No había dinero para comprar otras. ¿Qué hacer? A la salida del pueblo se las quitaba, y, descalzo, llegaba hasta la entrada del otro pueblo. Iba regando el camino de sangre con aquellos pies con los que un día visitaría a los enfermos, presidiría solemnes procesiones y gobernaría la Iglesia...

Su mesa fue siempre muy pobre y a todos sus objetos les había dado un título que no todos entendían su significado. Les llamaba «mis alpinistas» ¿Por qué? Porque la mayor parte de ellos pararían en el Monte de Piedad para ayuda de los más pobres que él...

Una noche la policía paró por las calles de Venecia a un hombre que llevaba un colchón a sus espaldas.

—¿Quién es? —le preguntaron.

—Soy el Cardenal, que llevo mi colchón a un pobrecillo que me he enterado hace poco que está sin él y a la vez muy enfermo.

Cuando fue elegido Papa pronto recibió la visita de un Numismático famoso que era quien gozaba del privilegio de fundir las medallas y escudos Pontificios... Y preguntó al nuevo Pío X:

—Santo Padre, ¿qué título nobiliario quiere que grabemos para sus hermanas?

—¿Título nobiliario? ¿Puede darse acaso algún título nobiliario más importante que ser las hermanas del Papa?

No conocía el nepotismo. Decía:

—Nací pobre y quiero morir pobre. Mis familiares que sigan como son.



Abrió los sagrarios a los niños

Don Beppi, a imitación de Jesucristo, amó mucho a los y pasaba siempre ratos deliciosos a su lado. Con ellos jugaba, salía de paseo, les enseñaba el catecismo.

Sacó un método muy bello para hacerse escuchar con gusto: Cuando les enseñaba el catecismo en la Iglesia desde el púlpito... a aquel niño que lo veía distraído le tiraba el bonete y tenía la obligación de devolverlo a sus manos.

Cuando ya cardenal en Venecia visitaba a los niños en las escuelas se vestía de las galas cardenalicias para darles la alegría a los pequeños porque le habían manifestado en varias ocasiones que les gustaba verle con aquellos vistosos ropajes.

El hizo su primera Comunión a los once años. Y sintió el no haberla podido hacer tres o cuatro años antes.

En su tiempo, por influencias de los herejes jansenistas, se había retrasado demasiado la Primera Comunión a los peques. Y aún después de hecha esta primera comunión había que recibirla de tarde en tarde. Ni siquiera los y las religiosas podían recibirla cada día.

Habían hecho un Dios demasiado lejano y severo. Un Dios más lleno de temor que de amor. Dios había destinado al bondadoso Papa Sarto para hacernos un Dios tal como nos lo pintó Jesús, su Hijo, es decir, lleno de amor y misericordia y que desea entrar en todos los corazones de sus hijos los hombres...

El Papa Pío X señaló como la edad de siete u ocho años la edad normativa para hacer la Primera Comunión a los niños y recomendó siempre vivamente la comunión frecuente.

Bastaba, decía el Papa, que conocieran las verdades fundamentales de la fe... y que las amaran de veras.



Devoción a María

Es imposible señalar en esta mini-biografía todas las facetas del Papa Santo, Pío X, pero no queremos dejar pasar ésta de su ardiente devoción a María sin dedicarle este capitulillo...

La amó con toda su alma desde niño. Aprendió este amor ya en el hogar paterno. Después en Padua, en Tómbolo, en todas partes donde estaba por su apostolado la amaba y la hacía, amar. ¡Cuántas veces predicó de Ella!

Si durante las Audiencias, siendo ya Papa, tocaban al Angelus, detenía la Audiencia y decía a los demás:

—Os invito a que recéis conmigo el Angelus.

De una de estas Audiencias escribió un diplomático francés:

—Le he visto de hito en hito mientras rezaba. He gozado viendo cómo saboreaba el Ave María. ¡Qué dulzura en sus palabras! Tenía clavados los ojos en una imagen de María. He pensado que sin duda él la ve.

En cuanto fue elevado al Pontificado nombró una comisión de cardenales para que preparasen las Bodas de Oro de la declaración del Dogma de la Inmaculada. Para solemnizarlo y enriquecerlo nos regaló con una maravillosa doctrina sobre la Virgen María en su Encíclica: *Ad diem illum*, en la que pinta a la Virgen ayudándonos y viviendo entre nosotros... como Abogada y como Madre.

Durante los once años que gobernó la Cátedra de San Pedro habló repetidas veces de Ella y propagó en todas ocasiones que se le ofrecían, el conocimiento, el amor y la imitación de la Madre Amable...

Fue cofrade carmelita y dio el privilegio de que la medalla-escapulario del Carmen tuviera las mismas gracias espirituales que antes tenía el escapulario de tela.

Fomentó la devoción de la Virgen María en todas sus advocaciones y fomentó el rezo del Santo Rosario.



Los defectos de San Pío X

Moretti escribió un delicioso libro hace ya unos años que tituló LOS DEFECTOS DE LOS SANTOS.

A veces hay quien pinta a los santos ya santos desde la cuna, y obrando grandes prodigios. En general no es verdad. Los santos normalmente eran hombres como todos los demás. Los hay que la naturaleza y la gracia parece como si hubieran sido más generosas con ellos que con los demás mortales, pero esto no les eximía de verse con las mismas miserias que los demás.

Los santos son santos porque fueron fieles a la gracia y colaboraron con ella, tratando de dar muerte al YO para que en ellos viviera Jesucristo.

Beppi —que fue una de estas almas buenas por naturaleza y ayudada de la gracia— no careció de defectos y tuvo que luchar cada día para vencerlos.

Es interesante que recordemos aquí un par de estos porque apenas si conocemos otros más de él y para que tratemos nosotros de corregirnos de los nuestros propios...

Le gustaba fumar, y fumaba bastante hasta que fue Obispo de Mantua. Poco a poco lo fue dejando y dio paso al uso del rapé que en aquel tiempo era bastante común. Siendo Papa ya casi no lo usó porque él mismo se daba cuenta que ensuciaba algo la blancura de sus sotanas y daba trabajo a sus buenas hermanas que siempre tuvo a su lado.

Otro defectillo fue éste:

Siendo párroco en Salzano salía mucho a predicar. A una de sus hermanas le dolían las muelas. Y a él por sus quejas no le dejaba estudiar ni preparar sus sermones. Le dijo:

—Eres una quejica... Cállate, por favor.

Unos días después le dolieron a él y se quejaba. Su hermana le dijo:

—¿Ves? Te está bien, así no me dirás que soy una quejica.

Y él, sin más pensarlo, le dio una bofetada. Después le pidió perdón.

«Ha muerto un Santo»

Era la voz que se oía por todas partes la mañana del 20 de agosto de 1914.

Había corrido la triste noticia como la pólvora. «Ha muerto el Papa Pío X. Ha muerto un Santo...»

Muchos lloraban. Otros rezaban. Los más se encomendaban a su poderoso valimiento, pues lo veían ya en el cielo.

Aquel hombre pobrecito de campaña, aquel hijo del humilde alguacil de un pueblecillo de Treviso, aquel hombre que pasó nueve años de sencillo coadjutor y otros nueve de pobre párroco... llegaría a ser el PAPA de toda la cristiandad.

El que hizo tantas proezas en favor de la fe católica durante los once años que gobernó la Iglesia, aquel santo sacerdote y que tanto amó a los sacerdotes, a los niños, a los pobres, a los enfermos, a los encarcelados... les había dejado para siempre. Este dolor fue muy sentido y muy profundo para miles y millones de hombres y mujeres de toda raza y nación.

Pero con pena había abandonado este mundo. El era «el Papa Pacífico» que dejaba paso al Papa de la «Religión desolada» según la falsa profecía... Pero ya se cernían los aires de la primera guerra mundial que tantos estragos causaría en todo el mundo.

Su sucesor, el Papa Benedicto XV, recogería la antorcha que le prestaba este hombre de fuego a la vez que dulce y prudente...

Apretando la mano de su fiel servidor, el cardenal Merry del Val, mirando a un crucifijo y después de haber recibido los santos sacramentos, a la una y quince minutos, dejaba de existir en la tierra y empezaba a vivir para la eternidad.

Un diplomático dijo al Cardenal Merry:

—Se nos ha apagado nuestra última luz.

Pero la Iglesia sigue, decimos nosotros...

ISBN 84-7770-286-1



9 788477 702863